

CINCO ROMANCES

DE

CARLOS SALOMON

LA PASION

I

La pasión ejerce
su poder. Levanta
sobre nuestras frentes
su mano encarnada.

Somos violentos.
Morimos de infamia.
Los apasionados,
el mundo nos llama.

Somos los que tienen
fuego en las entrañas,
solitario fuego
que en la boca estalla.

Somos los que vierten
fuego sobre el agua,
los que esconden fuego,
los que lo propagan.

Los que siempre piden,
la estirpe marcada
que todo lo espera,
que abrasa y se abrasa.

II

La pasión nos busca;
dispuestos nos halla.
Silenciosas aves
por los aires vagan.

Silenciosamente
se hunde en nuestras almas.
La pasión nos presta
sueños como águilas.

Fuertes, hondos sueños
la pasión nos manda;
misteriosos sueños
de radiantes alas.

LAS HORAS

I

Sobre todas las cosas,
la sorpresa y la angustia.
Nos sorprende estar solos,
nos angustia la duda.

Entre todas las cosas,
la que más nos conturba
vuelve a ser la sorpresa
de sentirnos sin culpa.

Comprender, angustiados,
que la vida nos juzga,
que no existe quien pueda
venir en nuestra ayuda.

II

Sobre todas las cosas,
la esperanza, su pura,
clara mano que pone
norte y sur, sol y luna.

La esperanza de pronto
nos habla, nos escucha,
del pecho nos arranca
la fina flecha oscura.

La flecha que teníamos
clavada tan segura,
la que tocó tan hondo
con su afilada punta.

III

Sentimos la esperanza.
Proseguimos la lucha.
Sobre todas las cosas,
la palabra profunda

de amor que en nuestros labios
brota, la frase única
de amor que pronunciamos
contra la tierra dura.

Contra la dura tierra,
la más honda pregunta
de amor que nuestros labios
incansables formulan.

La respuesta incesante
de amor y desventura,
de amor por cuanto existe
que ciego nos impulsa.

LA FE

I

Dios en el cielo. Dios
mirando desde arriba.
Nosotros en la Tierra,
de rodillas.

La Tierra en el espacio
traza su elipse mínima.
Pero Dios no está solo
con su enigma.

Porque Dios está cerca,
Dios está aquí. Nos mira.
Vierte sobre nosotros
su canícula.

Hondas llamas de pronto
somos que rojas brillan.
Llamas somos de pronto,
no ceniza.

II

Otra vez Dios. Su imagen
otra vez en nosotros.
Por dentro, removiéndolo
todo.

La razón del amor
y la razón del odio
se nos tornan tan claras
como

si fueran luces puestas
delante de los ojos.
La verdad con distintos
fondos.

Otra vez Dios. Razones
del dolor y del gozo.
Y el saber que no estamos
solos.

Que El nos puso en la Tierra
y escucha el golpe sordo
del hacha sobre nuestros
troncos.

EL SUEÑO

I

Una vez tuve un sueño.
Se sueña muchas veces.
Pero existe entre todas
una que es diferente.

De diferente modo
soñé. Quien sueña tiene
las manos desatadas,
deshelada la frente.

Pero yo tuve un sueño
que no era como éste.
No mi sueño de ahora,
que es el mismo de siempre.

Soñaba de una forma
distinta, de otra suerte,
como nunca, ni en sueños,
se espera que se sueñe.

II

Soñé de una manera
distinta, como debe
soñarse cuando un día
la Vida nos advierte.

Como puede soñarse
si la Muerte lo quiere,
si al soñar no pedimos
sus frases a los débiles.

Si al soñar sólo amamos
la verdad o la Muerte,
porque al fin somos hombres
entre tantos que mienten.

III

Somos hombres que nacen,
que viven y que mueren.

Cualquier noche sentimos
que el amor nos enciende.

Somos hombres que miran,
escuchan. Nos envuelven
los sueños. Detestamos.
Cualquier noche sucede.

Cualquier día pensamos
que los hombres padecen,
y pedimos un sueño
puro, que no consuele.

IV

Somos hombres que viven.
Nos decimos vivientes.
Somos vanas figuras,
tapadas y solemnes.

Y todos escondemos
el temor que nos hiere.
Cada cual, su secreto,
su miseria, su peste.

Nuestro sueño guardamos,
con los ojos ardientes.
Cada cual en su pecho,
lo más hondo que puede.

EL INUTIL

I

El inútil sabe
que el mundo se nutre
de angustia y engaño,
que todo es inútil.

El inútil busca,
se tiende de bruces;
yergue silencioso
su pesada lumbre.

Con sus dedos tristes
su mirada cubre;
gime solitario;
va tras un perfume.

Va tras la cerrada
flor que lo produce;
silencioso yergue
sus manos inútiles.

II

Por los cielos cruzan
lunas, soles, nubes.

Carlos Salomón.
SANTANDER (España).

Van pasando mayos,
eneros y octubres.

El inútil mira
los cielos azules,
y los negros cielos,
y las altas cumbres.

Y las cumbres ciegas,
y los valles dulces.
Todo lo contempla,
por amarlo sufre.

Es él quien más ama.
Nadie le pregunte.
Marcha silencioso
tras su pesadumbre.

